

como el windsurfing. De gran interés es la explicación de cómo entró en crisis esta actividad cuando el litoral donde había surgido el surf fue remodelado. El séptimo capítulo se centra en el renacimiento del surf en Málaga, el del *boom* del surf en los años ochenta. Tras la remodelación de la playa de las Acacias habrá lugar para nuevos tiempos con la aparición de nuevos escenarios como el de Torremolinos y un renacimiento del papel de anteriores como el de Pedregalejo. Este capítulo explica la creación del club Surf Costa del Sol, la organización de los primeros campeonatos, así como la creación del primer circuito andaluz de surf. El octavo capítulo está dedicado a la irrupción de un nuevo deporte: el bodyboard, y de la competencia de este por el espacio entre las olas con el surf.

Esta es la primera monografía que le dedica atención a este deporte de manera académica. En el mismo apartado aparece un estudio de la génesis y desarrollo de esta especialidad en Málaga y su relación con las Islas Canarias. En sus conclusiones Daniel Esparza justifica la aparición del surf en Málaga como pionera en el Mediterráneo a través de variables de naturaleza geográfica y socioeconómica.

Estamos, por tanto, ante una obra muy interesante en la que Daniel Esparza ha dado a conocer tanto a un público amplio como académico un capítulo desconocido de la historia del deporte español, con un trabajo novedoso al tiempo que riguroso en su metodología. Además, lo hace adentrándose en una temática que hasta el momento parecía circunscrita al mundo anglosajón, como ya demostró con su anterior trabajo *Historia del surf en España* (2013), y lo ha hecho con un importante trabajo de exploración previa, contrastando fuentes, con una descripción y ordenamiento lógico del asunto como elemento histórico, sin olvidar las diferentes variables socioeconómicas y geográficas. Todo ello por medio de un exhaustivo aporte bibliográfico y documental. Por todo ello consideramos *Historia del Surf en Málaga* como una obra imprescindible y única en este campo que debe ser tenida muy en cuenta y que abre nuevas vías en el panorama historiográfico español.

Sigfrido Vázquez Cienfuegos  
(Universidad Carolina de Praga/ Universidad Metropolitana de Praga)

**GONZÁLEZ OLLÉ, Fernando (2014), *La Real Academia Española en su primer siglo*, Madrid: Arco/Libros, 295 p.**

La celebración del tercer centenario de la fundación de la Real Academia Española ha ido acompañada de numerosas publicaciones, como es el caso de la obra que reseñamos. En ella, su autor ofrece una visión de conjunto sobre la historia de la Institución en su primer siglo.

Comienza por un capítulo de carácter introductorio, que lleva por título «Precedentes», en el que se nos proporciona información sobre la historia y labor de la Accademia della Crusca, «precedente verificable de la Academia Española» (p. 11), y de la Académie française, sobre la cual afirma González Ollé que «raro será no encontrar noticia de que [la Española] se creó por imitación de la Académie française. Sin rechazar, ciertamente, tal información, sí que cabe matizarla muy a fondo, para más de un aspecto» (p. 7). A continuación, se refiere a las academias españolas de diversa índole que proliferaron en el siglo XVII, que aunque no pueden considerarse precedente directo de la Academia Española, con algunas de ellas comparte ciertas características. La más afín, según nuestro autor, sería *La Peregrina*, fundada por Francisco Sebastián de Medrano, en la que cabe

concebir «un anticipo de la Academia Española, por débil que haya de considerarse el vínculo ideal que permite establecer cierta relación entre ellas» (p. 26). En este contexto, González Ollé también da noticia de un grupo de eruditos e historiadores, reunidos en torno al marqués de Mondéjar, pero sin relación con la Academia.

En el segundo capítulo, «Orígenes, fundación y personalidad», se nos informa sobre el marqués de Villena, fundador de la Institución, los orígenes (los estatutos, la autorización del rey –primero verbal y después por escrito–, las primeras juntas o reuniones, las actas de las sesiones) y sobre los primeros académicos, concretamente los fundadores. En los diferentes epígrafes que siguen, González Ollé va dando cuenta de las primeras actas, la aprobación real, el sello, el lema, las tareas académicas, los nuevos académicos, el espíritu barroco que la impregna, la provisión de cargos y estatutos, así como la imagen pública de la que gozó apenas fundada. En este capítulo destacan dos ideas en las que insiste nuestro autor; la primera es que no cabe la menor duda «de que la creación de la Academia Española responde [...] a una iniciativa personal, la del marqués de Villena» (p. 52) y no a una iniciativa real; la segunda, que «la Academia se encuadra en el espíritu del Barroco español» (pp. 57-58) y, por tanto, su ideario no se deriva del advenimiento de la monarquía borbónica.

González Ollé trata sobre el «Desarrollo corporativo» en el tercer capítulo. Siguiendo un orden cronológico, señala los acontecimientos que afectan a la vida corporativa, comenzando por la elaboración del *Diccionario de Autoridades*, la subvención real, la preparación de la obra lexicográfica para la imprenta y la publicación del primer volumen, que no alcanzó a ver el Marqués de Villena. A continuación ofrece algunas pinceladas sobre los seis directores que presidieron la institución en el siglo XVIII y los logros alcanzados por cada uno de ellos. Examina también los dos planes de reforma; el primero promovido por Luzán en 1750 y el segundo por iniciativa del conde de Floridablanca, ambos fallidos. Como no queriendo dejar cabos sueltos, menciona por último escuetamente los concursos de premios y las sedes de la Academia. Quizás no hubiera sido necesario tratar aquí del *Diccionario de Autoridades*, la *Gramática* y la *Ortografía* y evitar así repeticiones, pues nuestro autor dedica a cada uno de estos géneros un capítulo aparte.

El cuarto capítulo, «El Diccionario», se ocupa tanto de la primera obra de la Academia, el *Diccionario de Autoridades*, como de su versión revisada pero incompleta, y de las ediciones –ya despojadas de las citas de autoridad y las etimologías– de 1780, 1783 y 1791. González Ollé comenta la denominación de la primera obra lexicográfica, cuándo le advino el nombre y el método de trabajo acordado por los académicos. A continuación, describe la microestructura y, en concreto, algunos aspectos que los académicos recogen en la planta, como, por ejemplo, lo relacionado con los tecnicismos, dialectalismos, voces inventadas y voluntarias, voces jocosas, voces de la germanía, aspectos diastráticos y diafásicos, barbarismos y arcaísmos, la especie gramatical, la definición, los sinónimos, la etimología, el uso, la autoridad, el corpus de obras evacuadas, las fuentes lexicográficas y la correspondencia latina. González Ollé destaca que «la Academia no se presenta aquejada del castellanocentrismo que inicialmente se le había imputado» (p. 106); que la presencia de adopciones del francés es escasa (p. 108); y que «la apertura al pasado constituye uno más de los aciertos del *Diccionario de Autoridades*, no compartido por sus precedentes italiano y francés» (p. 114). El *Diccionario de Autoridades*, por ser el primero y asentar las bases de los demás diccionarios académicos, es descrito por extenso. Menor atención recibe la segunda edición, que prepararon los académicos y que apenas conocería

las letras A y B. Sorprende que González Ollé dedique solo dos páginas a las tres ediciones posteriores; sobre todo cuando explica que «el diccionario fue entonces -y lo ha seguido siendo mediante sus sucesivas ediciones- el pilar más firme de su justificación y renombre» (p. 95).

El quinto capítulo describe las ediciones de la *Ortografía* académica en el siglo XVIII. La primera es de 1741. Como había indicado en páginas anteriores, «el tratado ortográfico no obtuvo ningún reconocimiento oficial en cuanto a su aplicación pública, aunque la Academia se interesó por obtenerlo, ni el particular de todos los ortógrafos [...]. Pero a favor de su oportunidad cuenta el hecho de que en 1792 había alcanzado siete ediciones» (p. 79). La necesidad de esta ortografía, como declaran los académicos en el *Discurso proemial* al *Diccionario de Autoridades*, es para el propio uso de sus miembros. González Ollé analiza minuciosamente las actas donde se gesta el proyecto de la *Ortografía* y dedica todo un epígrafe al *Discurso proemial* de Andrés Connink, en el que se toman ya importantes decisiones. Nuestro autor se detiene en algunos puntos como la duplicación de las letras, los grupos consonánticos, la división de las palabras al fin de línea y la coda. Los criterios de Connink «se iban a mantener, sin apenas modificaciones, a lo largo de todas las ediciones dieciochescas de la ORAE» (p. 147). González Ollé describe la génesis y el contenido de la primera *Ortografía*, la cual «ya no se concibe como un instrumento auxiliar de las labores académicas conducentes a elaborar el *Diccionario de Autoridades*, sino con la finalidad de establecer, pese a sus inevitables incoherencias, una escritura uniforme para la lengua española» (p. 150), y añade: «en esta dimensión social de tan amplio alcance radica, a mi entender, la importancia, grande, de esta obra» (ibíd.). La novedad de la siguiente edición de 1754 reside en una extensa lista alfabética de voces de dudosa ortografía al final de la obra, que será imitada en las ediciones posteriores.

El sexto capítulo se ocupa de las gramáticas editadas por la Academia, cuatro en total (1771, 1772, 1781, 1796), tarea que se comenzó a preparar después de la publicación de la *Ortografía* y que fue encomendada a tres académicos (Angulo, De la Reguera y Ceballos). Los trabajos no fueron constantes, sino que, como se refleja en las actas corporativas, experimentaron momentos de mayor interés y momentos de escasa atención, hasta que en 1767 reciben el último impulso y, una vez aprobado el plan, se encarga su ejecución a dos académicos: Triguero y Aravaca. Los diferentes esbozos se discuten en las sesiones, como es costumbre habitual de la Institución, hasta quedar terminada la versión final que se publica en 1771. González Ollé opina que la *GRAE* de 1771 carece de novedad metodológica y se inserta «en una corriente de honda raigambre: la Gramática empírica o especulativa, basada en el análisis de la lengua a partir de la interpretación del mundo extralingüístico y de las categorías establecidas para él» (p. 171). Insiste nuestro autor en que el criterio aplicado por la Academia es el del uso, probablemente el de la Corte y los mejores escritores. La buena acogida de la *GRAE* 1771 hace que se reimprima a los pocos meses, en 1772, y nuevamente en 1781, con leves correcciones y adiciones. Nuestro autor dedica algunos párrafos a la reimpresión o reimpressiones de 1788, muestra de la gran demanda, y compara brevemente las tres primeras ediciones, prestando mayor atención a las ediciones de 1771 y 1796, donde se producen ya cambios considerables. El análisis sigue el orden de las partes de la oración: nombre (en que se incluye el género y el número), adjetivo, artículo, pronombres (pronombres personales, colocación de los pronombres átonos, otros pronombres), verbo (verbos irregulares, diferentes tiempos verbales, participio), adverbio, preposición, conjunción e interjección, además de un

epígrafe sobre la construcción y el régimen. Según nuestro autor, la GRAE 1796 refleja una postura latinizante (p. 183, 185, 200, 201) y concede mayor importancia a la sintaxis. Los dos últimos apartados se ocupan de la influencia, difusión y recepción de la GRAE. Sobre esta última se limita a mencionar el éxito comercial y la disposición regia de 1780 como texto de enseñanza en la escuela, al mismo tiempo que indica que los hábitos idiomáticos de las personas cultas no cambiarían con tanta rapidez.

El séptimo capítulo lleva por título «La Poética» y apenas abarca dos páginas, pues, como se sabe, se trató de un proyecto fallido, que nunca se llevó a cabo. La tarea se le encargó a Pedro Verdugo, pero su muerte en 1720 hizo que el proyecto se pospusiese hasta 1740, año en que se nombra una comisión. Entre tanto, Luzán había publicado su *Poética* tres años antes y esto hizo, según González Ollé, que se renunciase por completo a continuar, pues «no quisieron copiarlo ni se atrevieron a contradecirlo» (p. 210).

Después de haber tratado de los cuatro géneros de obras que la Academia se había propuesto y había llevado a cabo (con excepción de la *Poética*), queda ocuparse de los «Detractores y panegiristas», tema del octavo capítulo. Desde su fundación comienzan las críticas y sátiras. González Ollé destaca entre las voces críticas la de Salazar y Castro, «el más insigne cultivador español [de la Genealogía] de todos los tiempos» (p. 217). Este historiador publicó un opúsculo titulado *Carta del maestro de niños a don Gabriel Álvarez de Toledo*, donde arremete contra la *Historia de la Iglesia y del Mundo, que contiene los sucesos desde la Creación hasta el Diluvio* de Álvarez de Toledo. Salazar exige la adecuación de la lengua del texto con el género literario y con el uso contemporáneo, así como claridad y concisión, y rechaza tanto los arcaísmos como los neologismos superfluos. La defensa no se hizo esperar y, al año siguiente, aparece un libro titulado *Palacio de Momo*, donde se rebaten las críticas. El autor, el académico Bacallar y Sanna, «no era la persona más idónea para el papel que quiso jugar o que le hicieron desempeñar» (p. 234) y «a regañadientes tiene que conceder en varios puntos» (p. 232). También aparece otro escrito contra Salazar, *El maestro azotado*, que, por tener idénticas características, González Ollé no comenta. Sí se detiene con *Jornada de los coches de Madrid a Alcalá*, respuesta de Salazar, «donde se repiten los mismos puntos debatidos con aportaciones de nuevas pruebas» (p. 241). Aclara que no se trata de una simple crítica a la Academia, sino de una llamada de atención sobre cuestiones lingüísticas bien argumentadas. A excepción de Gregorio Mayans, los demás detractores (Iriarte, Fernández de Moratín, Forner, Campany, Vargas Ponce) y panegiristas (Diego Mateo Zapata, Larramendi, Lanz de Casafonda) son analizados con más brevedad.

El noveno y último capítulo se titula «Norma, defensa e ilustración de la lengua». En él afirma González Ollé: «la Academia, según expuse a lo largo del capítulo anterior, se cuidó con diligencia, desde su primera obra, de advertir que sus juicios carecían de carácter prescriptivo» (p. 263). Aunque esta es una de las acusaciones que con frecuencia se ha dirigido a la Academia y que se sostiene en el lema de la institución («limpia, fija y da esplendor»), los académicos apuntan en las actas que *la Academia no puede constituirse maestra ni corregir el idioma castellano*. Es evidente que la intención normativa está presente a pesar de esas declaraciones y así lo anota nuestro autor: «La Academia mira hacia el pasado, cree que la lengua española ha llegado a su perfección y que al instituto corresponde mantenerla, protegiéndola del vulgarismo. La limpiará de barbarismos, la conservará fija, la fomentará en su hermosura» (p. 267). González Ollé regresa a Salazar y Castro al hablarnos de la defensa e ilustración de la lengua, trayendo a colación nuevas

citas de dicho autor, que propone la norma cortesana y la lengua oral como punto de referencia, y sostiene que la intervención de Salazar y Castro, a fin de cuentas un particular, tuvo gran repercusión sobre el futuro quehacer de la Academia.

Nuestro autor nos brinda un estudio detallado, bien estructurado y documentado, que cumple la finalidad que se proponía: ofrecer una obra de carácter histórico sobre la labor de la Real Academia Española en su primer siglo. Reúne abundante material, también puntos de vista novedosos y aspectos originales que permiten apreciar nuevas perspectivas. Un libro así solo merece las gracias.

Beatriz Gómez-Pablos  
(Universidad Comenius de Bratislava)

### **MARIS, Bernard (2014), *Houellebecq économiste*, Paris : Flammarion, 155 p.**

Le regretté Bernard Maris (tué lors des attentats contre *Charlie Hebdo* en janvier 2015), écrivain, économiste et journaliste, a publié en 2014 *Houellebecq économiste*. Son ouvrage se concentre sur le pan économique de l'œuvre de Michel Houellebecq.

Depuis son premier roman *Extension du domaine de la lutte*, l'économie est un thème cher à Houellebecq. Le romancier est considéré comme anti-libéral et cette vision transparaît dans tous ses romans.

Cet essai est clairement un pamphlet contre l'économie qui n'est pas considérée comme une science et contre les économistes, des charlatans qui sont capables de dire tout et son contraire à quelques jours d'intervalle. L'intérêt de ce livre réside surtout dans le lien établi entre l'économie et l'œuvre de Houellebecq. Le titre de son premier roman amène souvent à penser qu'il s'inspire de Marx. En réalité, il est beaucoup plus influencé par d'autres auteurs, Maris relève notamment un parallèle avec Keynes ; eux-seuls voient les capitalistes comme ce qu'ils sont réellement : de grands enfants qui en veulent toujours plus.

Maris est également surpris que Houellebecq réussisse à être poétique tout en parlant constamment d'économie. Il fait ainsi un parallèle avec Baudelaire (considéré comme le meilleur par Houellebecq) et Mallarmé qui ont réussi à écrire des chefs-d'œuvre sur le thème de l'ennui.

Autre sujet majeur de l'œuvre de Houellebecq : le sexe. Maris analyse justement le lien entre les deux. La compétition s'est désormais transférée au monde du sexe dans *Extension du domaine de la lutte* et les lois de l'offre et de la demande ont été mises en relation dans *Plateforme* : les pays du Nord ont l'argent, ceux du Sud la matière ; il suffit de les mettre en contact.

Bernard Maris relève aussi la fascination du romancier français pour certains éléments de nos sociétés contemporaines. Le supermarché en est un. On n'est pas loin de la perfection face à ces rayons bien achalandés, cette abondance, ce choix, toute cette organisation presque sans faille ; c'est même la béatitude si on peut profiter de cet univers seul ou quasiment seul.

À l'opposé de cet éloge du temple de la consommation, Houellebecq critique l'impossibilité de la fidélité à ces produits issus de ces endroits. Tout cela à cause du marketing, ces personnes s'imaginent que le consommateur n'attend qu'une chose, la nouveauté ; il devient ainsi impossible pour le romancier de racheter éternellement ses accessoires préférés : la parka Camel Legend ou les chaussures Paraboote Marche. Même quand un élément du capitalisme est mis en avant, il finit par en prendre pour son grade.